

Fito (Adolfo Sánchez Rebolledo) en la memoria

Para Carmen y Paula



Ana Galván y Patricia Pensado

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
fortalezas,
una ciudad deshecha,
gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
-y tres o cuatro ríos.

José Emilio Pacheco, "Alta traición"

Adolfo Sánchez Rebolledo, nuestro querido Fito falleció a los 73 años, el pasado 7 de febrero, para quienes lo conocimos y tuvimos la fortuna de ser sus amigos significa una pérdida irreparable, asimismo para la izquierda mexicana su ausencia se convierte en un vacío que difícilmente se podrá llenar.

Fito se formó con lo mejor de las tradiciones políticas del exilio español, gracias a su padre el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, se familiarizó desde pequeño con el mundo de la praxis y la cultura de izquierda. A eso le atribuía que muy pronto formó hábitos que lo acompañaron desde entonces como la lectura, la pasión de la poesía, el gusto por la pintura, la afición al cine y la vocación de la política, definiéndose por la izquierda, por el socialismo.

El espíritu libertario de Fito lo alejó del convencionalismo, de la formalidad obligada por las instituciones, de ahí que su producción intelectual estuvo alejada de los cubículos de la academia y dirigida al análisis e interpretación de los acontecimientos nacionales e internacionales, a la crítica de las políticas antipopulares y del imperialismo.

Como buen humanista fue inquieto y observador; hombre coherente, ilustrado, sensible. No buscaba ni le interesaba tener una influencia particular ni notoria en los numerosos proyectos y discusiones en los que participó pero sí, siempre, poder contribuir

a crear un contexto de mayor amplitud, capaz de ensanchar las miras del quehacer político-social. Mantuvo siempre un pensamiento abierto –y respetuoso- para poder entender tanto las pulsiones como las contradicciones, en ocasiones frecuentes, de ese mundo que le tocó vivir.

A lo largo de su vida, se definió siempre y era ante todo un hombre de izquierda, convencido del socialismo como única vía para acabar con las desigualdades y la injusticia. Sin embargo, esta posición no hizo que fuera complaciente con ella, antes al contrario, con su tono usual, moderado y claro, sin adjetivos o juicios inquisitorios formuló siempre las críticas necesarias cuando disentía o no estaba de acuerdo con algún planteamiento o acción que el pragmatismo político demandara. Para él una tarea imprescindible de la militancia era “tratar de comprender a la sociedad desde una visión más amplia”.¹

1. Patricia Pensado Leglise, “Adolfo un intelectual de izquierda”, en Gerardo Necoechea Gracia y Patricia Pensado Leglise (comp.), *Voltear el mundo de cabeza. Historias de militancia de izquierda en América Latina*, Buenos Aires, ed. Imago Mundi, 2011, p. 279.

De ahí, su preocupación por la indiferencia que las organizaciones de izquierda mostraban ante la generación de ideas, la preparación y la reflexión crítica sobre la política, le parecía que en los últimos tiempos esto no les importaba mucho, y era necesario que se entendiera a cabalidad que “La izquierda no puede pretender crear una sociedad más equitativa sino hace un extraordinario esfuerzo educativo; es decir si la gente no se eleva de sus condiciones actuales a un estadio superior de comprensión de la vida, de la sociedad, de sí mismo”.²

2. *Ibid.*, p. 279.

A Fito le interesaban muchas cosas, era inconmesurable la curiosidad que sentía por todo lo humano y la naturaleza, tal vez por eso fue desde pequeño un andariego imparable, lo cual hizo de él un acucioso observador y contar con muchas aficiones que lo trasladaban a otras realidades, como a las de las plantas, árboles o aves.

Nunca se resignó, ni miraba con indiferencia la pobreza o la discriminación que asola al planeta, la represión contra las movilizaciones internacionales que exigen cambios políticos, justicia y libertad, la violencia impune del crimen organizado. Así como tampoco, perdió jamás el entusiasmo ante lo que el consideraba avances políticos dirigidos a la democratización y el socialismo, sabía reconocer el germen y la trascendencia o no de los movimientos, que merecían ser analizados, criticados, comentados y difundidos.

Para Fito “la militancia de izquierda presupone capacidad, conocimientos, aptitudes y habilidades, pero no puede soslayar que su mayor superioridad debiera ser la fortaleza moral de sus convicciones. La idea maquiavélica de que el fin justifica los medios es incompatible, a mi modo de ver, con una propuesta de izquierda que está guiada por valores de solidaridad, igualdad, libertad”.³ Principios en lo que fincó su propia militancia socialista, encontrando en ésta un sentido a su existencia que estaría presente a lo largo de su vida, fijando su compromiso ético con la política.

3. Patricia Pensado Leglise, Adolfo Sánchez Rebolledo. *Un militante socialista*, México, Instituto Mora, 2014, p.147.

Profundo y crítico analista político, militante de izquierda convencido de sus principios y dispuesto a defenderlos sin rigidez ni dogmatismo; polemista agudo, Fito buscaba entender los contextos; sus textos tenían contundencia y argumentación ordenada, en diciembre de 2014 escribió:⁴

4. *La Jornada*.

“México está inmerso en una profunda y desconocida crisis que toca a las instituciones del Estado, a la economía, a la vida pública como tal, pero sobre todo al modo como se relacionan y articulan las autoridades y la ciudadanía. Esta situación viene de lejos, incubándose en los cambios erráticos o inconclusos de los años recientes, en la autocomplacencia del poder que no se refleja en el espejo de la realidad, en el vacío de un ciego reformismo que trastoca el modo de ser del país pero no lo mejora, en el abandono ideológico y práctico del interés nacional (...)

“Iguala puso al desnudo la fragilidad de los cambios ocurridos bajo las banderas de la transición y la alternancia (...) la democracia, entendida minimalísticamente como un conjunto de reglas para resolver quién gobierna, dejó intocada la desigualdad estructural, inamovible y ajena, que excluye de la ciudadanía efectiva a buena parte de los mexicanos. En consecuencia, el funcionamiento general del Estado tiene un sustento débil, pantanoso, que no logra darle sentido y proyección de futuro a la sociedad, es decir, a la nación. Ahí está la raíz de todos los problemas, incluyendo los referidos a la violencia que somete y devora a las ramas más débiles del Estado (...)

“En Iguala topamos con un caso límite que se repite en otros puntos de la República: la subordinación del poder político a los fines de la delincuencia organizada, con la inevitable confusión de intereses que tal simbiosis representa. En principio hay que volver a la política básica (...).”

Su claridad es resultado de años de reflexión, lectura, estudio y discusiones; también fruto de una inteligencia privilegiada y una mirada amplia y generosa. Volver a los textos de Fito, releerlos, nos ayuda no solamente a valorar lo complejo del camino recorrido sino también invita a pensar en nuevas o renovadas vías. Estaba convencido de que el avance general de las posiciones de izquierda implicaba tender puentes entre todos sus componentes pero no para “tejer” formas aparentemente unitarias sino, sino sobre todo, para reivindicar conjuntamente las lecciones de la Historia.

Que sean las palabras del propio Fito las que “cierren” estas notas: “En el curso de mi vida aprendí que las revoluciones viven y mueren, que las grandes causas, al igual que las pasiones y los planetas, no son eternas. Todo lo sólido se desvanece en el aire, dijo Marx, pero la necesidad de cambiar al mundo en el sentido de la justicia no se extingue, aunque los medios y los fines concretos jamás sean los mismos. En cierto modo, la fidelidad a ciertos ideales evoluciona con nosotros como parte de nuestra sensibilidad intelectual y emocional. Por eso, al mirar hacia atrás nos sonrojan los errores, las ingenuidades, y quisiéramos que algunas cosas no hubieran pasado nunca. Claro, no existe la persona que no se equivoque, pero son pocos los que aceptan que los ‘otros’ tenían la razón. Y eso es lo verdaderamente difícil de admitir al mirar hacia atrás.

“Pero la vida es mucho más que la militancia. Y es que, en definitiva, ni la autocrítica ni el desencanto nos liberan de la responsabilidad individual por los actos de ayer: esa responsabilidad es intransferible. Somos lo que hicimos y pensamos, incluyendo los sueños de otros tiempos y el derecho a cambiar sin traicionarnos”.⁵

5. Adolfo Sánchez Rebolledo, *La izquierda que viví. El instante y la palabra*, México, Configuraciones, 2014.

